

Prólogo



El frío me atravesó y me hizo despertar sobresaltada. Estaba bañada en sudor y temblaba. Me costaba mucho esfuerzo respirar. Sentía que el pecho se me contraía con fuerza, dolorosamente. Escuchaba mi torrente sanguíneo correr en el interior de mi cabeza, un clamor que casi ahogaba el aullido del viento.

Estaba sucediendo otra vez. Era peor que cualquier cosa que hubiera experimentado en mi vida.

Había nacido con la capacidad de sentir empatía. Cuando estaba cerca de otros cambiaformas, me veía bombardeada por todas las emociones que ellos sentían. Si alguno estaba asustado, yo sentía su miedo. Si otro estaba enamorado, experimentaba sus anhelos y sus deseos. A veces me sentía incendiada por la ira, a pesar de no estar furiosa. La vergüenza hacía que me ruborizara, aunque yo no era quien experimentaba la humillación. Estar asaltada por tantas emociones de los cambiaformas era como vivir dentro de un caleidoscopio que no paraba de girar, solo que los diferentes colores eran sentimientos. Era difícil saber cuáles eran mis verdaderas emociones.



Pero era inmune a los humanos o, como los llamábamos, a los estáticos.

Los mayores, los hombres más sabios de nuestra especie, se habían convertido en mis guardianes cuando murieron mis padres. Cuando se dieron cuenta de la constante lucha que tenía con mi «don» y de lo mal que lo pasaba al estar cerca de otros cambiaformas, me enviaron a un internado donde todas las estudiantes eran estáticas. Allí estaba a salvo y llevaba una vida más o menos normal. Mientras viví allí, las únicas emociones que experimentaba eran las mías.

Sin embargo, los mayores habían insistido en que todos los inviernos y veranos regresara a Wolford, nuestro refugio secreto bien oculto en un parque nacional. Pensaron que pasar cortos períodos de tiempo expuesta a los sentimientos de otros cambiaformas me ayudaría a acostumbrarme a mi capacidad empática, me daría una oportunidad para aprender a protegerme cuando no quisiera saber lo que otros estaban sintiendo y a aceptar las sensaciones sin dejar que me abrumaran cuando eso supusiera una ventaja para mí. No podía acoger de buena gana las emociones de los demás, era algo que estaba fuera de mi alcance. Era una invasión a la privacidad, la suya y la mía. Nunca me había sentido cómoda con ello.

Había llegado a Wolford hacía dos semanas. La semana pasada habían llegado las familias para el solsticio de invierno. Eran unas fechas para reunirse y celebrar nuestra existencia. Había muchas emociones intensas revoloteando alrededor. Y, aunque la mayoría de las personas estaban felices y llenas de alegría, yo seguía sin sentirme a gusto.



Cuando las familias se hubieron marchado, muchos guardianes ocultos, los protectores elegidos de nuestra especie y de nuestro refugio secreto, se quedaron. El semestre había llegado a su fin. Mi presencia era como una prueba, un reto, un intento para decidir si ya estaba preparada para vivir entre los de mi propia especie.

Teniendo en cuenta lo que estaba experimentando en ese momento, la respuesta a la invitación no podía ser más que un no rotundo.

Las emociones nunca me habían atacado tan violentamente, con tanta intensidad. Nunca había conocido a nadie que estuviera tan asustado. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Ese pánico tan desconcertante se negaba a abandonarme, no me permitía mantener la cabeza lo suficientemente despejada como para pensar de manera racional. Inspiré profundamente varias veces e intenté levantar un muro entre las sensaciones que me bombardeaban y las que me pertenecían solo a mí. Invoqué imágenes agradables: mariposas, cachorros y helado. Un paseo por el parque en primavera, una imagen tan vívida que casi podía oler la fragancia de las rosas.

Nada de eso funcionó. Estaba atrapada en el ciclón de los miedos oscuros de otra persona. No podía controlarlos, lo único que podía hacer era sentirlos. Nada ni nadie podía librarme del horror al que estaba expuesta.

La luz de la luna llena se colaba por mi ventana. Salté de la cama y caí de rodillas; tenía las piernas débiles por el terror de otra persona. ¿De qué tenía miedo, él o ella?

¿Qué era tan espantoso? No sabía a quién pertenecían esos sentimientos, solo que estaban allí. Tenía una vaga sensación sobre su origen. La persona estaba fuera.

Me puse en pie rápidamente, me acerqué a la ventana dando tumbos y presioné la frente contra el frío cristal. La luna blanca y brillante proyectaba un resplandor plateado sobre el paisaje cubierto de nieve. Alguien estaba enfrentándose a su primera luna llena. Justin. Recordé haber experimentado su entusiasmo y su ilusión durante la cena. Tenía sentido pensar que él era la persona a la que estaba sintiendo.

Esa noche él se uniría a quienes poseían la capacidad de transformarse en lobos. Se suponía que la primera vez era muy dolorosa y aterradora... y que incluso podía acabar en la muerte. Sin embargo, eso no había ocurrido en cientos de años. En el pasado, un par de veces, yo había sentido las emociones de quienes pasaban por su primer cambio.

Pero lo que Justin estaba sintiendo era diferente. No era natural. Algo iba mal.

Sin prestar atención al frío que hacía fuera y sin coger siquiera un abrigo, salí corriendo al pasillo y bajé rápidamente las escaleras, gritando con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Justin está en peligro! ¡Necesita ayuda! ¡Ya!

Se abrieron varias puertas de golpe y oí ruidos de pisadas. Varios guardianes ocultos me alcanzaron y me sobrepasaron. Solo una media docena estaba allí, en la casa principal. Los demás estaban fuera haciendo la ronda, custodiando nuestro querido refugio. Me golpeó el



carrusel de las emociones de todos los que me rodeaban y pasaban a mi lado: preocupación, inquietud, miedo, impaciencia por salir en su búsqueda, buena disposición por participar en la batalla.

La emoción más intensa, la que estaba por encima de todas, era la de Justin. Como me había conectado con él antes de que los sentimientos de los demás aparecieran, todavía podía discernir cuáles eran las emociones que procedían de él. Me concentré en ellas.

Apenas recuerdo haber atravesado el edificio. De repente me encontré en el exterior, sintiendo la nieve helada bajo mis pies descalzos. Los copos de nieve caían a mi alrededor. Había ropa esparcida sobre la hierba y observé con asombro como los guardianes ocultos cambiaban a la forma de lobo sin dejar de correr. Se apresuraron a adentrarse en el bosque mientras el viento les revolvía el pelaje. Todos excepto Brittany Reed, la única humana que había entre nosotros. Sin embargo, estaba en una forma física estu- penda y me dejó atrás sin ningún esfuerzo.

Seguí sus huellas, pero tropecé por la intensidad del miedo de Justin y caí de bruces en la nieve. De nuevo el terror me atravesó y me paralizó.

Y después, nada. No sentí nada procedente de Justin.

¡No, no, no!

Notaba el miedo creciente de los otros, su ansiedad. Sabía que aún no habían llegado adonde estaba Justin porque no sentían la enorme pena que yo experimentaba. Ya sabía lo que íbamos a ver cuando lo encontráramos. Todos llegábamos demasiado tarde.



Me levanté y empecé a correr otra vez. De repente, las emociones se descontrolaron en mi interior: horror, incredulidad, furia, rabia, determinación. Entonces llegué al claro. La luna estaba en su cénit y lo iluminaba todo perfectamente. No quería pensar en cómo la habría acogido Justin al principio, cómo habría sentido la luz de la luna acariciándole la piel.

Ahora, en forma de lobo, permanecía tendido, inmóvil, sobre la nieve amontonada. Justo detrás de él estaba la bestia más espantosa que yo había visto en toda mi vida. Sabía lo que era y lo que había hecho. Era un segador. Tenía unas garras enormes y los dientes afilados. Se sostenía sobre dos piernas con un aspecto grotescamente humano y destacaba sobre todos los demás. Los guardianes ocultos lo atacaron, pero sus gruñidos se convirtieron en aullidos al caer al suelo. Al morder a la criatura les salieron llagas en la boca por el calor impuro de la bestia, y les sangraban los costados porque el segador los había atrapado con las garras o con los dientes. Era un ser de otro mundo. En aquel momento, parecía invencible.

—¡Basta! —El grito profundo y autoritario resonó entre los árboles y agitó la nieve que había sobre las ramas. Miré alrededor y vi a los tres mayores, todos con túnicas largas, con Elder Wilde ligeramente al frente. Él había dado la orden.

Los lobos, ya con las heridas curadas, se agazaparon dispuestos a abalanzarse de nuevo, enseñando los dientes y emitiendo débiles gruñidos. La criatura los ignoraba como si fueran simples peluches. Entonces me miró



directamente a mí y mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—Hayden Holland. —El segador no era humano, aunque tenía la capacidad de hablar. Su voz sonaba como si se propagara a través de un muro de flemas. Olía a huevos podridos—. Nos volveremos a encontrar en la siguiente luna llena.

—¿Qué eres? ¿Un guionista de películas malas de terror? —No sé de dónde saqué esa bravuconería. Necesitaba el sarcasmo para demostrar que no me amilanaba, que no me iba a hundir fácilmente y que, como Justin, lucharía hasta exhalar el último suspiro.

Se dejó caer sobre las cuatro patas en mitad de un banco de niebla y empezó a deslizarse hacia los árboles, pegado al suelo como una serpiente que se batiera en retirada. Durante el breve lapso en el que se había concentrado en mí, había podido sentir el miedo y la agonía de miles de almas: cambiaformas a los que había segado y cosechado.

En forma de lobo, todos menos Brittany, los guardianes ocultos rodearon a Justin. Yo sabía que estaba muerto, que su alma había pasado a ser una de las que poseía el segador. Las lágrimas rodaban por mis mejillas y quedaban cristalizadas en mis pestañas. Si hubiera reconocido antes su miedo, ¿podríamos haber hecho algo más? ¿Podríamos haberlo salvado?

Brittany dio un paso atrás y, cuando estuvo a mi lado, susurró:

—Ha muerto como un lobo. Debería haber vuelto a su forma humana.



Asentí. Sí, efectivamente, debería haberlo hecho. Pero no con el daño que la criatura que acabábamos de ver le había infligido.

Cuando iba de visita a Wolford y sentía que lidiar con las emociones de los demás era demasiado para mí, a veces me colaba en la sala de los tesoros, donde los mayores guardaban y vigilaban los artefactos de nuestra especie. Ellos me permitían hacerlo. Incluso me habían dejado tocar y leer los textos antiguos y me habían enseñado a descifrar los símbolos. Así que yo sabía un poco más del segador que Brittany.

Este había surgido de las entrañas del infierno durante una luna llena para arrebatarse el poder y el alma a un cambiaformas en plena transformación, dejando su cuerpo sin los medios necesarios para volver a su forma humana. Se alimentaba del miedo y cogía su fuerza de nuestras capacidades. No se había visto uno en siglos. Algunos habían empezado a pensar que el segador solo era mito y leyenda. Por desgracia, se habían equivocado.

El bosque estaba tan silencioso que podría haber escuchado el ruido de una hoja de pino al caer.

Elder Thomas se adelantó, se arrodilló junto a Justin y hundió la mano en su pelaje. Los mayores eran lo suficientemente fuertes como para ocultarme sus emociones, así que no podía sentir lo que él sentía. Aunque, de todas formas, sabía lo que era. Una pena abrumadora estaba claramente dibujada en su rostro. A pesar de que tenía casi cien años, tomó a Justin en brazos, se levantó y lo llevó hacia la casa principal. Los demás lo siguieron.



Todos excepto Elder Wilde, que se acercó a mí. Sus ojos eran un pozo de tristeza.

—Nos aseguraremos de que no corras la misma suerte —afirmó en voz baja.

Y, exactamente, ¿cómo lo vais a hacer?, casi pregunté. Pero se me había enseñado a no faltarle a los mayores al respeto.

Como si me hubiera leído el pensamiento, me puso una mano en el hombro. Siempre me había sentido reconfortada cuando me tocaba; sin embargo, esa noche no sentí nada.

—Buscaremos en los textos antiguos. Encontraremos la manera de destruirlo. Todo saldrá bien, Hayden —me dijo Elder Wilde mientras me guiaba hacia la casa principal.

No era nada tranquilizador darme cuenta de que él, el más sabio de los sabios, no sabía cómo destruir al segador. Un mes no era mucho tiempo para buscar la respuesta en los libros antiguos.

A pesar de que Wolford era nuestro refugio, nuestro santuario, no habíamos sido capaces de proteger a Justin ni de salvarlo. El segador había ido a por él y, a la siguiente luna llena, iría a por mí.

No solo a por mí, sino también a por mi pareja.

Mientras que los chicos pasaban solos por su primera transformación, la leyenda decía que las chicas debían tener una pareja que las guiara durante el cambio para poder sobrevivir. Era sexista; la tradición había empezado antes de que las mujeres pidieran igualdad. Se suponía que mi última visita a Wolford también sería una oportunidad



para asegurarme una pareja antes de mi primera luna llena. Hasta el momento, esa búsqueda había sido un completo fracaso. ¿Qué chico en sus cabales querría andar con una chica que sentía todo lo que él experimentaba exactamente igual que él?

Sin embargo, ya no estaba convencida de que no tener pareja fuera algo malo. Él se transformaría en el mismo instante que yo. Un verdadero chollo para el segador, dos por el precio de uno.

No podía permitir que eso sucediera, no podía poner en peligro la vida de otra persona. Aunque eso significara sacrificar la mía. Sabía que los mayores y los guardianes ocultos no aprobarían mi plan pero, al fin y al cabo, la decisión era mía.

No podía quedarme en Wolford. Tenía que escapar. Esa misma noche. Correría rápido y sin parar. Me escondería hasta la siguiente luna llena.





Casi tres semanas después

—Aquí tienes —dije sonriendo alegremente mientras le daba por encima del mostrador una taza de sidra caliente a un chico bastante mono.

—Gracias... —se inclinó hacia delante, leyó el nombre en la etiqueta prendida a mi suéter rojo y me guiñó un ojo— Hayden.

No me había molestado en inventarme un nombre falso. No me habría servido de nada. Si los guardianes ocultos me estaban buscando, usarían mi olor, no mi nombre, para localizarme. Por eso tampoco me había cambiado el color ni el corte de mi pelo rubio rojizo. Lo llevaba sujeto en una coleta cuando estaba trabajando y, si no, me lo dejaba suelto, cayéndome sobre los hombros. Ningún disfraz era capaz de engañar a los de mi especie. Ni siquiera los perfumes podían cubrir la esencia de mi verdadero aroma. Y los lobos con mentes humanas eran los mejores rastreadores del mundo. Yo esperaba que la táctica de ocultarme a plena vista fuera mi mejor defensa. A decir verdad, era mi única defensa.



—Tienes unos ojos muy poco corrientes —continuó diciéndome el chico—. Me recuerdan al caramelo.

Sí que eran inusuales. No eran lo suficientemente oscuros para ser marrones y tampoco eran de color avellana. El color caramelo era una descripción tan buena como cualquier otra.

—Gracias —contesté. Era mono, aunque no era mi tipo... porque era humano.

—¿A qué colegio vas? —preguntó.

Esa era la pregunta más frecuente, e inmediatamente después iba: «¿Cuáles tu asignatura preferida?» y «¿Tienes novio?». Yo siempre respondía con la misma frase mala que otra de las trabajadoras, Lisa, me había sugerido: «Si te lo dijera, tendría que matarte». Esperaba que mi sonrisa coqueta suavizara el golpe del rechazo.

Debió de funcionar. No pareció para nada ofendido, porque se rió mientras le daba el cambio. Sin embargo, sus siguientes palabras me alertaron de que, lamentablemente, no había cogido el mensaje.

—Anda, vamos —dijo con zalamería—. A lo mejor vamos al mismo colegio.

Lo dudaba, ya que me había graduado a mitad de año en un internado femenino.

—Lo siento —mentí—. El jefe nos descuenta dinero de la paga si nos pilla flirteando.

No era verdad. Spike era un tipo fenomenal, pero esa era la manera más rápida de evitar verme atrapada en las redes de la coquetería. Llevaba en Athena casi tres semanas y era muy improbable que me quedara. No



me interesaban las relaciones cortas y, desde luego, no con un estático. Solamente me podría dar problemas. Además, mi especie se emparejaba de por vida. Buscábamos a la persona única para nosotros, no nos atraía lo temporal. Debido a mi genética, los estáticos no me parecían nada sexis. Aunque tenían nuestro mismo aspecto, bajo la superficie eran demasiado simples. Miré por encima de él.

—El siguiente.

El chico mono captó el mensaje y se abrió paso a través de la multitud. Enseguida se paró a ligar con una chica que estaba haciendo cola. Yo esperaba que tuviera más suerte y que conectara con ella. Parecía agradable, aunque ya he dicho que no era mi tipo.

Un chico flacucho ocupó su lugar al principio de la fila y levantó la mirada al menú que había en la pared, a mi espalda. Me contuve para no poner los ojos en blanco. Todo iría mucho más rápido si la gente estudiara el menú mientras esperaba en la cola y decidiera lo que iban a pedir antes de llegar al mostrador. Pero la mayoría hablaba de las impresionantes pistas de esquí, de la nieve en polvo o de la predicción meteorológica para el día siguiente.

Los clientes siempre aumentaban al atardecer, cuando el sol se ponía por detrás de las montañas cubiertas de nieve y los esquiadores tenían que abandonar las pistas. El mostrador estaba lleno de gente que pedía bebidas calientes, ya fuera café, chocolate, té o sidra para entrar en calor. El bullicio de sus risas y voces ahogaba nuestra



música ambiental, canciones todas relacionadas con la nieve, que se repetían constantemente para recordar a los clientes el frío que hacía en el exterior y que les tentaba a pedir nuestras tazas de tamaño gigante. Me encantaba el hecho de que toda esa gente no me molestara. Es más, casi me ofrecían calma, porque no podía sentir sus miedos más profundos ni sus deseos. Las únicas emociones que me atravesaban en cascada eran las mías.

La puerta se abrió como lo había hecho docenas de veces aquel día y, por algún motivo, en esa ocasión me llamó la atención. Y la de todo el mundo, porque todos parecieron contener la respiración a la vez durante un segundo antes de que el barullo comenzara de nuevo. No se debía a la puerta, sino al chico que había entrado. Decir que era alto, moreno y atractivo sería un cliché, aunque lo definía perfectamente. El corazón me dio un vuelco. Lo reconocí de inmediato.

Daniel Foster. Un cambiaformas. Un guardián oculto.

Mierda. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Hasta que él entró, yo no había sido consciente de que hubiera cambiaformas por la zona. Me molestó ver que no había sabido que él estaba en el complejo hasta que lo vi. Nunca había probado mi capacidad al límite, pero sabía que podía sentir las emociones de un cambiaformas si estaba a una manzana de distancia, más o menos, de donde estaba yo. Si sus emociones se habían llevado al extremo, como le había ocurrido a Justin la noche que murió, incluso podía sentirlo a más



distancia. Así que debería haber detectado la presencia de Daniel antes de que entrara. Debería haber sabido que estaba cerca y así habría podido huir. ¿Por qué me había cogido por sorpresa? ¿Tenía la capacidad de bloquear sus emociones? Incluso ahora que lo estaba viendo, no era capaz de saber lo que estaba sintiendo. Ese hecho me molestaba tanto como su presencia, porque estaba segura de que no presagiaba nada bueno.

No sabía mucho de Daniel. Se había unido a nuestra manada el verano anterior y yo lo había visto un par de veces desde lejos cuando había ido a Wolford el pasado junio. No le había prestado mucha atención. Imaginaba que él podía elegir a quien quisiera como pareja, y yo nunca había encabezado la lista de las chicas con las que deseaban salir los cambiaformas.

Llevaba una chaqueta negra acolchada cuya cremallera no se había molestado en subir, así que se veía el suéter de color gris oscuro que tenía debajo. Llevaba el pelo negro muy corto. Sus facciones eran duras, como si las hubieran tallado en granito. A pesar de que estábamos en pleno invierno, estaba muy bronceado, como cualquier chico que se preciara de vivir al aire libre. La barba de varios días que le ensombrecía la fuerte mandíbula le daba un toque peligroso.

Otros chicos que estaban en el Hot Brew Café también iban sin afeitar. Athena era uno de los complejos de vacaciones invernales más famosos del estado, y poca gente se arreglaba en él. Sin embargo, ninguno de esos chicos tenía el aspecto de tener la capacidad, o el deseo,



de defender su territorio. Era como si Daniel tuviera un aura que dijera que él marcaba su territorio y que vencería de buen grado a cualquiera que se adentrara en lo que él consideraba como suyo. No era alguien con quien convenía meterse.

Incluso sus ojos, de un color verde asombroso y fascinante, como de esmeralda, eran los de un hábil cazador. Simplemente estaba allí de pie; todo su cuerpo, en una excelente forma física, permanecía muy quieto, como un depredador que esperara el momento adecuado para abalanzarse sobre su presa. Su único movimiento era el de su mirada, que recorría lentamente el local. Por fin se posó sobre mí y sentí un estremecimiento de terror.

En sus ojos vi reconocimiento y triunfo, pero no los sentí. Y, lo que era más importante, me di cuenta de que yo era su presa. Como me había temido, yo era la razón de que estuviera allí.

Se acercó sin prisa al final del mostrador, donde estaban los taburetes, todos ocupados. Se detuvo detrás del que se encontraba en la esquina. El chico musculoso que estaba sentado en él dio un bote, sobresaltado, como si lo hubieran pinchado. Miró por encima del hombro a Daniel y después cogió su taza de café y se escabulló. El poder que tenía Daniel para intimidar sin enfrentarse a nadie era increíble aunque profundamente perturbador, porque yo seguía sin sentir sus emociones, a pesar de que cada vez se acercaba más. Debería haber sentido algo.



Me obligué a romper el hechizo, a apartar mi atención de él y a volver a centrarla en el chico que estudiaba el menú. Le tomé nota y me volví hacia el mostrador donde preparábamos los pedidos y donde teníamos todo lo necesario para hacer las bebidas. Me concentré en mi trabajo. Dos cucharadas de cacao en polvo. Un toque de crema de malvavisco. Agua caliente de la espita. Remover con brío. Observé los ingredientes girando, mezclándose. *Concéntrate, concéntrate. No mires alrededor. No dejes que sepa que eres consciente de que te esté mirando.*

Pero era sumamente consciente de que me estaba mirando, como si fuera un animal del bosque que sabía que era el blanco de un depredador. Se me erizó el vello de la nuca y sentí un escalofrío helado recorriéndome la espina dorsal. Le di la taza de chocolate al cliente y cogí el dinero.

A pesar de mis esfuerzos para no hacerlo, miré hacia él. Daniel estaba sentado muy quieto, con los ojos fijos en mí. Él era la tormenta, el trueno y el relámpago que hacían que el cielo azul se volviera gris. No literalmente, por supuesto. Metafóricamente. Pero si existía un chico que emanara peligro, era él.

—Oye, Hayden...

Me llevé un susto de muerte cuando Lisa me puso la mano en el hombro. Su cabello negro, muy corto, apuntaba en varias direcciones, como si acabara de salir de la cama. Llevaba los ojos, de color azul cobalto, delineados con kohl negro, y un pequeño diamante en una aleta de



la nariz. Cuando la conocí, la había tachado de dura y radical, aunque en realidad era dulce y divertida. Lo más parecido que tenía a una amiga. Y lo mejor de todo era que, como todos los demás en aquel lugar, se guardaba las emociones para sí misma.

—He visto que el tío bueno y tú habéis conectado —me dijo—. Me ocuparé de los pedidos para llevar si quieres atenderlo tú.

Lisa se había estado encargando de los clientes que estaban sentados frente al mostrador y a las mesas. Tomé nota de un pedido de un chocolate con menta y otro chocolate con menta y moca de un chico alto que tenía un brazo alrededor de los hombros de una chica bajita. Antes incluso de que me girara hacia la zona de preparación para empezar a mezclar las bebidas, él ya había plantado los labios sobre los suyos.

—No pasa nada. Tengo trabajo que hacer aquí —farfullé.

Abrió mucho los ojos, como si pensara que era una completa pringada por no aprovechar esa oportunidad.

—¿Es que no has visto cómo te mira? Y parece que está solo. ¿Hola? Esta puede ser tu oportunidad de hacer otra cosa además de acurrucarte con un libro por la noche.

Me gustaba acurrucarme con un buen libro. Lisa tendía a acurrucarse con cualquier chico que estuviera disponible después del trabajo.

—No quiero romper la rutina —dije, esforzándome por mantener un tono de voz neutral.

Encendí el vaporizador de leche y me concentré en el trabajo, intentando ahogar las tretas de Lisa. Inspiré



profundamente y me sentí confusa por mis propias emociones. Estaba ligeramente agradecida por ver que les importaba a los mayores lo suficiente como para que hubieran enviado a alguien a buscarme y molesta porque él había conseguido encontrarme. El pánico hacía que me temblara la voz. Lo odiaba. Cuando la leche estuvo espumosa, apagué la máquina.

—Si te gusta, ve a por él —le dije a Lisa.

—¿En serio?

—En serio.

Sonrió y sus ojos azules brillaron. Brincó como si tuviera muelles en los zapatos. A veces me cansaba solo de verla. ¿De dónde sacaba tanta energía? Era estudiante de primer año y trabajaba allí durante las vacaciones de invierno. El complejo era un refugio muy popular entre los estudiantes de la universidad, ya fuera para hacer deporte o para trabajar. Me había inventado una historia que era muy parecida a la de los demás: era una universitaria que buscaba trabajo durante las vacaciones invernales. Cuando los estudiantes se marcharan, probablemente yo también lo haría.

Spike me había contratado sin pedirme referencias. A lo mejor yo tenía cara de persona honesta. O a lo mejor él estaba desesperado por conseguir ayuda porque los estudiantes habían llegado en masa para disfrutar de las pistas. Dependía de trabajadores de temporada y la mayoría de los que contrataba no vivían en la ciudad, así que alquilaba habitaciones en un par de casas que tenía. Lisa y yo vivíamos en la misma casa, nuestras habitaciones



estaban cada una a un lado del pasillo. Por eso nos habíamos hecho amigas. Nos veíamos un montón.

—Deséame suerte —dijo guiñándome un ojo—. Me apetece tener un romance de invierno, y parece el tipo de chico que sabe cómo hacer que una chica se lo pase bien.

Era curioso que ella lo viera como una diversión y yo, como un viaje de vuelta al infierno. Era posible que estuviera allí para disfrutar de las pistas pero, a juzgar por cómo me miraba, tenía la sensación de que había ido para convencerme de que regresara a Woldford.

Les di las bebidas a Romeo y Julieta. Tres chicas con risitas tontas que miraban a Daniel como si fuera su tipo favorito de chocolate se abrieron paso hasta el frente y me hicieron entrecortadamente sus pedidos: un chocolate blanco, uno negro y uno con leche.

Mientras me giraba hacia el mostrador donde preparábamos las bebidas, eché una mirada furtiva hacia donde Lisa estaba hablando con Daniel. Ella se inclinaba sobre la barra como si pensara quedarse a vivir allí. Yo no podía culparla. Él tenía unos ojos llenos de magnetismo y una sonrisa traviesa, del tipo que me hacía desear devolverle la sonrisa. Resistí la tentación. No me fiaba de su aspecto ni del hecho de que no pudiera sentir sus emociones. ¿Por qué las estaba bloqueando? ¿Cómo lo hacía?

El enorme ventanal que iba del suelo al techo ofrecía una vista fantástica de la calle principal, con sus tiendas pintorescas y las enormes montañas al fondo, sobre las que descendían las sombras de color púrpura y azul del



crepúsculo. La luna creciente ya se estaba elevando en el cielo, aunque su luz era todavía bastante tenue y le daba al paisaje un aspecto fantasmal y siniestro. Sentí un escalofrío.

Lisa se acercó a mí arqueando las cejas.

—Ha pedido un chocolate con tropezones. Ya sabes lo que eso significa. Estoy muy tentada de probar mi teoría con él. ¿Has visto qué sonrisa tan matadora?

Mi compañera tenía la teoría de que, cuanto más chocolateado le gustaba a un chico el chocolate caliente, mejor besaba. Y, si no era así, decía que por lo menos sabría genial. Daniel era el gran lobo malo y ella no lo sabía. Su labio inferior era carnoso y acogería al mío perfectamente. Me reprendí a mí misma por preguntarme cómo serían sus besos, porque sospechaba que sería meterse en un lío.

—Sin embargo —continuó Lisa frunciendo el ceño—, parece que a quien quiere es a ti. Dice que sois amigos... ¿que lo estabas esperando? —Terminó la frase con un tono interrogativo, cuestionando lo que él le había dicho y esperando que yo lo confirmara o lo negara.

Sentí que el miedo me atenazaba. Estaba allí por mí. Probablemente los mayores lo habrían enviado. Sabía que querían que estuviera en Wolford cuando experimentara mi primera luna llena. Y como, según la leyenda, debía enfrentarme a mi primera transformación con una pareja, no podía arriesgar la vida de otra persona si el segador cumplía su promesa y venía a por mí.



Pero no podía explicarle nada de eso a Lisa, así que mentí.

—No lo había visto en toda mi vida.

Les llevé las tazas humeantes a las tres chicas. Mientras pagaban, les dije:

—¿Veis a ese chico al final del mostrador?

—Como para no verlo —dijo la señorita Chocolate Blanco—. Aunque lleva esa chaqueta tan pesada, es evidente que es todo músculo. Y mira qué cara... Parece un anuncio de Calvin Klein.

—No me importaría que me calentara durante toda la noche —afirmó Chocolate con Leche con una risita.

—Entonces, estáis de suerte —mentí—. Está buscando a alguien con quien enrollarse. Y tiene dos amigos que están igual de buenos.

—¿De verdad?

—¿Dónde están? —preguntó con desconfianza Chocolate Negro.

—Aparcando su Hummer.

—¿Tienen un Hummer?

—Oh, sí.—Me incliné hacia delante con complicidad—. Sus padres son megarricos. Los tres acaban de llegar hoy y no conocen a nadie. Aunque antes estuvieron coqueteando conmigo, yo tengo novio. —Me estaba convirtiendo en toda una experta en mentiras. Antes de huir de Woldford, nunca había mentido, y ahora estaba sorprendida por lo fácilmente que salían de mis labios aquellas falsas palabras.

Las chicas ni siquiera esperaron el cambio, se recorrieron todo el mostrador para ir a flirtear con Daniel,



así que metí las monedas en el bote de las propinas. El dinero se dividiría entre todos los empleados al final de nuestro turno. Nunca era mucho, pero mis necesidades eran sencillas: un buen libro, un fuego cálido, mi propia taza de chocolate caliente y un tranquilo silencio dentro de mí. Era una de las razones por las que me gustaba el invierno y me sentía como en casa en el complejo. La nieve absorbe mucho ruido y crea una calma que es tranquila como pocas cosas.

Sin embargo, con la llegada de Daniel mi pequeño refugio ya no era reconfortante. Iba a tener que marcharme, y cuanto antes, mejor. Y ahora, con esas tres chicas distrayéndolo, era mi oportunidad.

—¿Quieres tomarle el pedido? —me preguntó Lisa.

—No. Voy al almacén a coger más vasos para llevar. —Antes de que pudiera responderme, me deslicé por la puerta batiente que daba a un pasillo donde el jefe tenía su despacho. Me sentía un poco culpable al dejar plantado a Spike después de la oportunidad que me había dado... era muy protector.

—Si necesitas ayuda, pequeña, dímelo —me había dicho. Con dos metros de altura, todos eran pequeños a su lado, pero con un metro sesenta, yo lo era especialmente. Y, aunque le agradecía la ayuda, sabía que nunca la aceptaría. Él no tendría ninguna oportunidad contra un chico que podía transformarse en lobo a voluntad.

Me alegré de que la puerta de su despacho estuviera cerrada mientras pasaba por delante. No quería dar ninguna explicación ni cometer el error de decidir que,



a pesar de todo, él podría ayudarme. Caminé por el pasillo a hurtadillas sintiendo que me estaban obligando a marcharme antes de estar preparada. Había tenido la esperanza de ahorrar un poco más de dinero para poder viajar más lejos con facilidad. En realidad, no tenía ningún destino en mente. Había pensado que contaría con más tiempo para prepararme. Había dejado que la felicidad y la satisfacción me hicieran tener una falsa sensación de seguridad. *Qué estúpida, Hayden.*

Atravesé el pasillo deprisa y pasé de largo el almacén. Cogí mi parca blanca de un gancho que había cerca de la puerta trasera. Me quité las zapatillas de deporte, las metí en mi mochila y me puse las botas de nieve. Me calé en la cabeza un gorro de punto rojo y blanco y me metí la coleta por dentro. Me puse los guantes.

Miré por encima del hombro. No quería dejar el calor y la seguridad que tenía allí. Deseaba desesperadamente no abandonar la paz y la tranquilidad. Sin embargo, sabía que no tenía alternativa. Debía correr. Rápido. Ahora. De ninguna manera iba a regresar a Wolford.

Abrí la puerta de un empujón y salí a la nieve y al frío. Antes incluso de que la puerta se hubiera cerrado detrás de mí, yo ya me dirigía al bosque, donde las sombras se alargaban y podrían ocultarme.

—¿Vas a alguna parte, Hayden? —resonó una voz profunda a mi lado.

Con el corazón en la garganta, me di la vuelta.

Allí estaba Daniel, apoyado contra la pared y con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. No se había



molestado en ponerse un gorro. Sus vaqueros negros le perfilaban las largas piernas. La chaqueta negra, que todavía estaba desabrochada, aumentaba su peligroso atractivo, como si el frío no lo afectara. Sus facciones morenas y la ropa que llevaba hacían que sus ojos verdes parecieran aún más brillantes. Tío bueno no era la expresión correcta para describirlo. ¿Delicioso, tal vez?

Avanzó a grandes zancadas hacia mí, dejando una estela de pisadas en la nieve inmaculada. Me miró directamente a los ojos. Yo quería salir corriendo hacia los árboles; sin embargo, sabía que él me seguiría sin ningún esfuerzo.

Alargó una mano para tocarme y yo me tensé, preparándome para sentir la fuerza del orgullo golpearme, porque estaba segura de que él estaría henchido de orgullo por haberme localizado. No podía sentir sus emociones si había espacio entre los dos, aunque sabía que nada evitaría que sus sentimientos me alcanzaran cuando me tocara. Experimentar las emociones de los demás siempre era más intenso y más abrumador cuando había contacto físico. Esa era una de las razones por las que lo evitaba siempre que era posible.

Podría haber dado un paso hacia atrás, pero sentía curiosidad. No estaba acostumbrada a estar cerca de un cambiaformas sin saber cómo se sentía. Sin embargo, cuando la mano de Daniel se posó en mi mejilla, lo único que sentí fue... calidez. Piel sobre piel. Unos dedos un poco ásperos que se deslizaban con suavidad por mi mejilla.



Ni siquiera con ese contacto pude notar lo que él sentía. No sabía cuáles eran sus emociones. No tenía sentido. Era un cambiaformas. Debería haber percibido sus pasiones mucho antes de que se acercara tanto a mí. Y cuando me tocó, debería haber notado tal sacudida que mis propias emociones habrían desaparecido.

Sin embargo, lo único que había en mi interior eran mis propios sentimientos. Ese estúpido miedo otra vez, que ahora se estaba convirtiendo en pánico. Y había más, mucho más: rabia, asombro, decepción, irritación, tristeza. Y fascinación. Atracción. Era como si hubiera hecho girar una ruleta de la fortuna cargada de emociones en vez de cantidades de dinero y estuvieran todas pasando por mi interior. ¿Dónde se detendría? ¿Qué sentiría cuando se parara?

—¿Por qué te molestas en huir, Hayden? —preguntó Daniel con calma.

Se inclinó más hacia mí hasta que estuvo muy cerca, tanto que ya no podía verle los ojos, con su mejilla casi rozando la mía. Yo estaba demasiado pasmada por aquella repentina intimidad como para moverme. Oí que inspiraba profundamente y supe que me estaba oliendo, una declaración final y silenciosa de un trabajo bien hecho. Me pregunté por qué el hecho de saberlo hizo que me temblaran las piernas. Después de la primera transformación, todos nuestros sentidos se agudizaban y el olfato siempre era el más potente.

—Te volvería a encontrar —afirmó con una voz que parecía un ronroneo.



Me estaba haciendo sentir locuras. No sabía qué eran algunas de aquellas sensaciones tan intensas, qué significaban. La rueda de emociones dejó de girar por fin y eligió una que me resultaba muy familiar.

Auténtico terror.

